

EN BUSCA DEL TESORO DEL DABAYBE

“Que Vasco Núñez de Balboa dió sobre el cacique Dabayba: y que los caciques de la tierra se concertan para acometer los castellanos, y Vasco Núñez lo sabe por medio de una india.

Despachado Valdivia para la Española, con quien fué el Bachiller Enciso, casi al fin del año pasado, en el principio de éste determinó Vasco Núñez de entrar la tierra adentro, a buscar comida y oro; y habiendo dicho ciertos indios, de los que andaban con los cristianos que un cacique de la provincia de Dabayba, tenía un templo lleno de oro, que le habían ofrecido, determinó de ir con dos bergantines y algunas canoas en busca de Dabayba; y saliendo con ciento y sesenta hombres fuertes, más ejercitados en pelear y trabajar, que galanes, ni lucidos, ordenó a Rodrigo Enríquez de Colmenares, que con la tercera parte de ellos subiese por el río Grande arriba, que es dos veces mayor que el Darién, y dista de él nueve leguas, a la parte oriental: y Vasco Núñez fué por otro río. Y porque el cacique del Darién, Cemaco, se había recogido con Dabayba y tenían sus espías, en sabiendo que iba Vasco Núñez, desamparó la tierra: y andando por ella, hallaron los castellanos muchas redes de cazar animales, como venados y puercos, que tienen el ombligo en el espinazo y por allí orinan, y otros animales menores que los puercos, cuya cabeza dicen que pesa tanto como todo lo demás, y no tienen hiel. Y pensando que aquellos redes eran de pescar, le llamó el río de las Redes. Tomaron dos canoas grandes y otras menores, cien arcos y muchos haces de flechas, y en joyas y piezas de oro siete mil castellanos; y con esta presa, contento, se bajó Vasco Núñez a la mar, que es el golfo de Urabá, adonde desaguán aquellos dos grandes ríos, y allí se levantó tan terrible tempestad, que pensaron ser ahogados: pero no perecieron más de los que iban en las canoas, que llevaban el oro; y volviendo a entrar por el río Grande, llegó a una tierra, cuyo cacique se llamaba Turiú, adonde halló a Colmenares, y allí se proveyó de comida.

Y habiendo subido doce leguas por el río, toparon una isla, que llamaron de la Cañafístola, porque había mucha, aunque silvestre, y tanta comieron, que pensaron morir en breve. En viéndose libres, tomaron el camino de mano derecha de la isla: vieron que entraba en el río otro, que llevaba el agua muy negra, no supieron la causa y le llamaron el río Negro, y siguiendo por el cinco o seis leguas, entraron en los términos de un señor llamado Abenamechey: vieron un pueblo de quinientas casas, apartadas una de otra, y la gente se puso en huida, y viendo que los iban alcanzando, pusieronse en defensa, con macanas o espadas de palma y varas o dardos largos, con puntas tostadas; y no pudiendo sufrir los terribles golpes de los castellanos huyeron: y entre los que se prendieron fué el Sr. Abenamechey y otros principales. Y entonces llegó un castellano, a quien el cacique había herido y le cortó de una cuchillada el brazo a cercen, de que mucho pesó a Vasco Núñez: el cual, dejando allí a Colmenares, con la mitad de la gente, para que le guardase las espaldas, subió con la otra por el río, y entró por otro que desaguaba por aquél, como veinte leguas de la isla de la Cañafístola: y cerca de la boca de él halló el señorito del cacique Abibeyba, que por ser la región de pantanos y lagunas que cubrían la tierra, tenían sus casas sobre árboles grandísimos y altísimos, nueva y nunca oída vivienda, y sobre ellos tenían sus aposentos de madera, tan fuertes y con tantos cumplimientos, cámaras y retretes, adonde vivían padres, mujeres e hijos y su parentela, como si las hicieran en el suelo, sobre fija tierra: tenían sus escalas y comunmente dos: una que llegaba al medio del árbol y la otra, del medio hasta la puerta, y eran hechas de sola una caña, partida por medio, porque las cañas son por allí más gruesas que un hombre por el cuerpo, y las levantaban de noche y estaban seguros de hombres y bestias, durmiendo a sueño suelto, aunque por allí hay muchos tigres.

Todos los mantenimientos tenían arriba consigo, salvo los vinos que asentaban en sus vasijas, en tierra, porque no se les enturbiasen; porque aunque por la gran altura de los árboles, con los vientos que ha-

ce, las casas no se pueden caer, meneanse y con el movimiento el vino se enturbiaría y al tiempo de la comida de los señores, estaban los muchachos tan diestros en bajar y subir, que no tardaban más que si lo sirvieran de aparador a la mesa. El cacique Abibeyba, que se estaba en su casa, cuando los castellanos llegaron, levantó sus escaleras, diéronle voces que bajase y que no hubiese miedo. Respondió que no quería, que le dejasen vivir en su casa, pues no les había hecho porque le ofendiesen. Protestáronle, que con hachas le cortarían los árboles o le pondrían fuego y quemarían con su mujer e hijos. Volvióles a decir que le dejasen y se fuesen de su tierra y los suyos le decían que no bajase ni se fiase de ellos. Daban con las hachas en los árboles y cuando vieron saltar las astillas y los pedazos, bajó el cacique con su mujer y dos de sus hijos, contradiciéndoselo todos los otros. Bajado, le dijeron si tenía oro. Respondió que no lo tenía y porque no lo había menester, no había tenido cuidado de buscarlo, y viéndose importunado dijo, que si tanta gana lo tenían que iría a una sierra que estaba detrás de unas, que mostró y que habido se lo llevaría. Diéronle licencia, dejando en prendas su mujer y sus hijos. Dijo que volvería dentro de tantos días, esperáronle pero no volvió y así continuaron su viaje el río arriba, habiéndose satisfecho de comida porque hallaron mucha. Todas las poblaciones del río estaban vacías, por lo cual Vasco Núñez dió la vuelta por el río abajo y por el río Negro a juntarse con Colmenares, y halló, que por haberse desmandado la gente le habían muerto algunos castellanos y en especial, que uno llamado Raya con otros nueve, llegando a un pueblo de un cacique, dicho Abrayada, dió sobre ellos y mató a Raya y otros dos, y que los siete se habían escapado huyendo.

Andando el cacique Abenamerbey, con su brazo cortado, por los bosques, porque otra vez los castellanos no topasen con él, acaso se encontró con el que vivía en la casa de los árboles, acordaron de irse a la casa de su vecino el cacique Abrayba, y todos determinaron de vengar sus injurias y dar sobre los castellanos, antes que juntasen otros con ellos. Recogieron

hasta seiscientos indios, y el día que determinaron hacer su acometimiento, con una terrible grito, que siempre fué temerosa, dieron en los castellanos del río Negro, no sabiendo que se habían juntado con ellos treinta, que Vasco Núñez envió adelante. No les hicieron mucho daño, pero después de haber los castellanos descargado sus ballestas, acercándoseles con las lanzas y espadas, hicieron en ellos tal estrago, que muy pocos se escaparon de hechos pedazos y presos, sino fueron los señores y los esclavos enviaron al Darién, a los cuales ocupaban en hacer labranzas y llevar cargas, cuando los castellanos salían fuera. Llegado Vasco Núñez, determinó de recogerse al Darién, dejando en el pueblo de Abenamechey y río Negro, treinta soldados para guardar la tierra, porque los indios no se rehiciesen y por cabo de ellos, a Bartolomé Hurtado; y en algunas veces que salían a ranchar, prendieron alguna gente de la que por los bosques andaba huída, de la cual enviaron veinticuatro hombres al Darién, y con ellos veinte y un castellanos, pues estaban enfermos, quedándose Hurtado con solos diez. Metiéronse los indios y cristianos en una gran canoa, tras la cual salieron cuatro canoas de la gente del cacique Cemaco y dieron en ella con sus dardos tostados y macanas, que usaban por espadas y algunos mataron y los demás, salvo dos, se ahogaron en el río. Estos dos se escaparon en dos maderos, que traía el río de avenida, cubriéndose con ciertos ramos, que les vinieron a la mano, no mirando los indios en ellos, con la priesa que traían de matar, creyendo que era basura que llevaba el agua. Salidos a tierra, como mejor pudieron, volvieron a dar las nuevas a Bartolomé Hurtado; los cuales, hartos tristes, comenzaron a platicar del peligro en que se hallaban y como en aquel río Negro les iba tan mal, determinaron de irse al Darién, pero inquiriendo entre los indios lo que sabían de la gente de la tierra y que intención traían, supieron que los cinco caciques, Abibeyba, el de las casas en los árboles, Cemaco del Darién, Abrayba, a quien aún no habían llegado los castellanos y Abenamechey, señor del río Negro, a quien cortaron el brazo y Dabayba el que huyó y no osó es-

perarlos, habían determinado y conjurádose, para en cierto día dar sobre el Darién, con toda la gente de sus vasallos.

Con este aviso, se fueron Hurtado y sus compañeros al Darién aunque no sin peligro y dieron la nueva, la cual puso a los castellanos gran espanto, aunque como no tenían de ello más certidumbre, algunas veces no lo creían, ni hallaban persona que se lo certificase, pero al cabo lo entendieron, porque entre las mujeres que Vasco Núñez había traído de aquella tierra, tenía en su casa una, de quien hacía mucho caso. Esta tenía un hermano vasallo de Cemaco, que deseaba mucho verla en libertad, y muchas veces, disimuladamente, la iba a visitar, su color, que era uno de los otros indios que allí trataban, y una noche la dixo que mirase bien en lo que la quería decir y que guardase secret, porque en ello iba a todos la bien libertad y la vida, que si deseaba también la de toda su nación, que callase y estuviese sobre aviso y que supiese, que todos los señores de aquella tierra, estaban determinados de no sufrir más a los castellanos y estaban concertados de ir sobre ellos, por agua y por tierra, para lo cual tenían aparejadas cien canoas y cinco mil indios, con sus armas y mucha comida, que estaba recogida en el pueblo de Tichirí y que habían aquellos señores dividido entre si los que habían de matar y cautivar y la ropa que había de tomar, y es de saber aquí, que siempre los indios se engañaron, con verse tantos y a los castellanos tan pocos, y concluyendo su plática con la hermana, la encargó, que estuviese muy sobre aviso de esconderse y mirar por sí, porque con la turbación y revuelta de la gente de guerra, no mirando en ella, que era mujer la matasen o maltratasen a vueltas de ellos."

.....

(Antonio de Herrera. De calla I, Libro IX).